quien trate de limitar sea un pueblo de la América nuestra.

La cita de Plutarco debe encontrar difusión pronta a fin de aplicar otra idea al concepto del peligro. No pasarían sin mover nuestra sorpresa y nuestra condenación, tantos sucesos a los cuales les damos carácter transitorio. Confiaríamos menos en la obra de los providenciales y cada uno vigilaría mejor su patria y todas estas patrias desunidas. No nos engreiríamos en nuestra propia gloria. No nos llenaría de ira la voz de quienes nos quieren bien cuando nos dicen que despertemos al peligro. Seríamos sensibles a la censura. La oiríamos siguiendo el consejo de Gracián: «Harto más mal hace la lisonja de los amigos, aquella pasión con que todo lo hacen bueno, aquel afecto con que todo lo disimulan, hasta dar con un amigo enfermo, en la sepultura de su perdición».

Juan del Camino Cartago y marzo del 31.

La Vida de Vivekananda

El discípulo amado

3.—*Véase la entrega anterior.*

A los diecisiete años, preparaba su primer examen de Universidad. En noviembre de 1880, en una casa amiga, la de Surendranath Mitra, rico publicano convertido al Cristo indo, durante una pequeña fiesta en que Narendra cantó un bello himno religioso, por la primera vez, «los ojos de milano» de Ramakrishna, apercibieron el alma insatisfecha. Y él puso sobre ella su esperanza [1]. Y así, rogó a Surendranath llevarle a Naren, a Dakshineswar.

El joven llegó, entre una tropa de amigos aturdidos. Entró y se sentó, con descuido de todo lo que le rodeaba, al parecer sin ver ni oír, encerrado en su pensamiento. Ramakrishna, que le observaba, le rogó que cantase. Narendra obedeció, y su canto tenía un acento patético: y el Maestro, que como él era apasionado de la música, entró en éxtasis. Aquí, dejo la palabra a Naren:

—«Así que hube cantado, se levantó bruscamente y, tomándome por la mano, me condujo a la verandah del norte y cerró la puerta tras de nosotros. Estábamos solos y nadie nos veía... Con gran sorpresa mía, todo él se hundía en lágrimas de gozo. Me tenía por la mano, y conduciéndome muy tiernamente, como a alguien a quien se conoce familiarmente desde mucho tiempo atrás, me dijo: «Ah! Venís tan tarde! Cómo has podido tener tan poca bondad para hacerme esperar tanto tiempo! Tengo cansadas las orejas de tanto oír las palabras inútiles de esos hombres. Languidecía por derramar mi espíritu en el seno de alguien que fuera apto para recibir mis experiencias interiores...» Y así proseguía en medio de sollozos. Luego, permaneciendo frente a mí con las manos juntas «Señor—dijo—sé que eres el antiguo sabio Nara, encarnación de Narayana [2], nacido en la tierra para hacer desaparecer la miseria de la humanidad...[3]» Yo caí de mi altura... ¿Qué es lo que he venido a ver?—pensaba yo—es posible que esté loco de atar! Qué! Yo soy el hijo de Viswanat Dutt, y él osa hablarme de este modo!...» Pero permanecí impasible y le dejé hablar... Volvió a tomarme la mano y me dijo: «Prometedme que volveréis a verme, solo, y pronto!...»

Narenda lo promete, por dashacerse de su extraño huésped, pero interiormente se juró no volver. Luego vuelven a la sala común, donde se hallan los otros. Narendra se sienta a distancia y observa a su personaje. Nada nota de bizarro en sus facciones, en sus palabras: una lógica interior, en que se presiente el fruto de una vida de renunciación absoluta, una imponente sinceridad. Narendra oye decir—y estas palabras corresponden a su secreta persecución en la noche—:

—«Dios puede ser realizado. Se le puede ver y hablarle, como lo hago con vosotros. Pero, ¿quién se cuida de hacerlo? Se derraman lágrimas por la esposa, los hijos o los bienes. Pero, ¿quién lo hace por amor de Dios? El que lo hace sinceramente por El, a ese se manifiesta El...» [1]

Y Narendra tiene la impresión de que estas no son, para el que habla, palabras vanas; que él ha probado su eficacia en sí mismo. El joven no llega a conciliar la imagen presente ante sus ojos, del sabio simple y sereno, con la escena inconcebible de que acaba de ser testigo. Se dice: «Es un monomaniaco; pero no carece de grandeza. Puede ser que esté loco; pero se le debe respeto.» Sale de Dakshineswar en esta confusión mental; y si se le preguntara, en este momento, sobre sus relaciones con Ramakrishna, respondería sin duda que allí habían acabado.

Pero la visión singular «le trabaja»...

Un mes más tarde, vuelve a pie a Dakshineswar...

—«Le hallé solo, sentado sobre su pequeño lecho. Sintiose feliz de verme y llamándome afectuosamente me hizo sentar cerca de sí, a un lado del lecho. Pero un momento después, le advertí agitado por alguna extraña emoción. Con los ojos fijos sobre mí, murmurando entre dientes, se acercaba lentamente. Pensé que probablemente iba a entregarse a alguna nueva excentricidad, como la vez precedente. Pero antes de que pudiese preverlo, había puesto sobre mi cuerpo su pie derecho. El contacto fue como de rayo. Con los ojos bien abiertos, vi los muros y los objetos del cuarto atorbellinarse y desvanecerse en la nada... El Universo entero, al mismo tiempo que mi individualidad estaban próximos a abismarse en un vacío sin nombre, que devoraba todo lo que es... Aterrorizado, creí que me hallaba frente a la muerte... Incapaz de contenerme, grité: ¿Qué es lo que hacéis? Tengo padres y hogar!» Entonces él se puso a reír, y pasando su mano por mi pecho, dijo: «Está bien; dejemos esto por el momento... Todo vendrá a su tiempo!» No bien hubo dicho estas palabras, cuando el extraño fenómeno desapareció. Torné a hallarme en mí mismo. Y todo, dentro y fuera, estaba como antes...»

Trascribo el emocionante relato absteniéndome de toda reflexión inútil. Cualesquiera que sean las que haga el lector de Occidente, no podrá menos de quedar absorto ante la potencia alucinatoria de esas almas de la India, que recuerda a los visionarios apasionados de Shakespeare. Agreguemos que el visionario aquí no es un espíritu débil, crédulo y sin crítica. El se revuelve contra su visión. Su fuerte personalidad, advertida de los peligros, es violentamente refractaria a toda acción hipnótica, y desde luego se pregunta si no habrá sido el juguete de algún mesmerismo. Pero de esto no muestra ningún indicio. Aun tembloroso del ciclón, se mantiene cauteloso. Pero, después de este gran choque, el resto de la visita es enteramente normal. Ramakrishna trata al visitante con una bondad simple y familiar, como si nada hubiera pasado.

A la tercera visita—probablemente una semana después—Naren se muestra a la defensiva, armado de toda su crítica. No permite que se le acerque y Ramakrishna no trata de ensayarlo. Pasean, en el jardín. Luego, entran al salón; y Ramakrishna cae en éxtasis. Naren lo observa. Pero, a mitad de su examen, es sorprendido con pérdida de consciencia a su vez. Cuando vuelve en sí, mira a Ramakrishna que le mira y le pasa la mano por el pecho.

Más tarde, el maestro dirá a sus discípulos.

«—Mientras que él se hallaba en este estado, le hice algunas preguntas sobre sus antecedentes, sus orígenes, su misión en el mundo y la duración de su vida mortal. Entró él en el fondo de sí mismo y me dió la respuesta. Y ellas no han hecho más que confirmar lo que yo había visto de él. Estas cosas permanecerán en secreto. Pero de esta suerte supe que se trata de un sabio, maestro en la meditación hasta lo sumo, y que el día

(1) Ramakrishna dijo más tarde: «No vi en él atención alguna al cuerpo; nada de gallardías, ninguna liga con las cosas exteriores... y sus ojos!... Parecía que alguna potencia hubiera atraído hacia adentro su espíritu. Yo pensaba: ¿Cómo es posible que un hombre como éste viva en Calcuta?...»

(2) Determinado aspecto del *Brahman*, el Hombre Cósmico, la Grande Hipóstasis (V. Paul Masson-Oursel, op. cit. p. 105 y passim).

(3) Así, desde las primeras palabras, en su delirio, indicaba a Vivekananda su deber de servicio social, al cual éste iba a consagrar su vida y que hizo distinguido su papel entre los «videntes» de la India.

[1] Otro relato, que cuenta Vivekananda en su Conferencia *My Master*, (Vida de Viv. edición de 1914, vol. I. pág. 212) dice qué es Vivekananda quien, dirigiéndose directamente a Ramakrishna, le propone la cuestión eterna, que le mantenía enfebrecido, de sabio a sabio: «Señor, habeis visto a Dios?», y que Ramakrishna le responde: «Sí, hijo mío, yo le he visto. Yo le veo, en verdad, como te veo a tí delante de Mí: solamente que yo veo al Señor con mayor intensidad, y puedo mostrártelo». Es posible que este diálogo tuviera lugar posteriormente, cuando Vivekananda era ya familiar de Ramaskrishna.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica"